

I

The Grill es el club de más difícil acceso del mundo. Ingresar en él distingue al nuevo socio tanto como si este hubiera pasado a ocupar una vacante en la Orden de la Jarretera, o hubiese sido caricaturizado en *Vanity Fair*. Los hombres que pertenecen a él nunca lo mencionan. Si alguien les pregunta qué clubes frecuentan, nombrarán todos menos este. Temen que si confiesan que son socios su afirmación resulte jactanciosa.

La existencia de The Grill se remonta a la época en la que el Shakespeare Theatre se alzaba donde ahora se encuentran las oficinas de *The Times*. Tiene una parrilla de oro, obsequio de Carlos II, y el manuscrito original de *Life in London*, que fue legado al club por el propio Pierce Egan. Los socios aún utilizan arena como secante para las cartas que escriben desde allí.

The Grill puede vanagloriarse de haber vetado la admisión —sin que en ello influyera prejuicio político alguno— de un primer ministro de cada uno de los dos partidos que se alternan en el poder. Y por si esto fuera poco, el puesto al que aspiraban le fue concedido, a pesar de su acento irlandés y sus desplantes, a Quiller, quien por aquel entonces no era más que un abogado sin un penique.

Cuando el artista francés Paul Preval, que llegó a Londres para pintar un retrato del príncipe de Gales

por encargo de la Casa Real, fue nombrado miembro honorario —distinción a la que solo los extranjeros podían optar—, declaró, mientras firmaba su primera cuenta: «Prefiero ver mi nombre aquí que en un cuadro del Louvre». A lo que Quiller replicó: «¡Ese es un dudoso cumplido! Los únicos que podrían leer sus nombres en el Louvre hoy murieron hace más de cincuenta años...».

II

La noche posterior a la gran niebla de 1897, había cinco socios en The Grill: cuatro estaban cenando, y uno leía frente a la chimenea. El club cuenta con una sola estancia, en mitad de la cual hay colocada una larga mesa. En un extremo de la sala brilla rojizo el fuego de la parrilla, cuyas llamas se avivan cuando la grasa gotea sobre él; en el otro, que da a la calle, se abre un amplio balcón con ventanas de cristales emplomados en forma de rombo.

Aunque los hombres sentados a la mesa no se conocían, charlaban con tanta animación, mientras dejaban limpios los huesos de la carne a la brasa y daban sorbos a sus *whiskies* con soda, que un visitante —suponiendo que el club los admitiera— los hubiera tomado por excelentes amigos, y no por lo que realmente eran: caballeros ingleses que se veían por vez primera y que no habían sido presentados. Sin embargo, la tradición y la etiqueta de The Grill exigen que cualquiera que ingrese en él entable conversación con quien allí se encuentre. De ahí que haya una única mesa en torno a la cual los criados, en cumplimiento

de su deber y sin atender a si hay veinte socios o solamente dos, sitúan siempre a los comensales en sillas contiguas. Este era pues el motivo por el que, con los candelabros colocados a su alrededor, el cuarteto de desconocidos estaba reunido en torno al mantel, que dibujaba un camino blanco en mitad de la penumbra de la sala.

—Insisto en que nosotros somos los únicos culpables de que la época de las hazañas descabelladas y las gestas románticas haya muerto —dijo amargamente el caballero del alfiler de corbata adornado con una perla negra—. Lord Chetney, ese explorador africano que regresó ayer después de haber sido dado por muerto en Uganda, no llevó a cabo ninguna de ellas. Exploró las fuentes de los ríos, dibujó mapas y estuvo en peligro constante. Pero esto último no constituye en sí mismo una aventura; de ser así, el químico que investiga mortíferos venenos o estudia explosivos delicados viviría una aventura diaria.

»No, las aventuras son para los aventureros; pero como ya nadie se aventura, su espíritu ha fenecido por simple inercia. Nos hemos vuelto demasiado sensibles, excesivamente prácticos. En esta misma sala, por ejemplo, con las espadas desnudas, unos socios riñeron con motivo de la manera correcta de escanear unos pareados de Pope. Por unas gotas de borgoña que salpicaron la bocamanga de un caballero, diez hombres se enfrentaron alrededor de esta mesa con una vela en una mano y un florete en la otra. Y aunque la cuestión del vino solo incumbía a dos de ellos, los diez resultaron heridos; los ocho restantes únicamente se vieron envueltos en la disputa porque eran

hombres *d'esprit*.

»Esta noche, en cambio, si uno de ustedes me manchara con su bebida, incluso si me insultara gravemente, los demás no lo considerarían motivo suficiente como para que nos matásemos los unos a los otros. Nos separarían, y mañana por la mañana comparecerían como testigos en Bow Street. Esta noche mismo, tenemos en las personas de sir Andrew y en la mía propia un ejemplo de cómo han cambiado las costumbres.

Los socios reunidos en torno a la mesa se volvieron a mirar al caballero que estaba sentado frente al hogar. Era un hombre de edad avanzada, más bien corpulento, y con un semblante amable y surcado de arrugas. Exhibía continuamente una afable y casi juvenil sonrisa de autocomplacencia. Los retratos aparecidos en los periódicos habían convertido su rostro en algo familiar. Sostenía un libro bastante lejos de los ojos, intentando encontrar la distancia adecuada para poder enfocar la vista en sus páginas. Sus cejas aparecían ligeramente fruncidas, a causa del interés que despertaba en él la lectura.

—Si viviésemos en el siglo XVIII —prosiguió el caballero de la perla—, cuando sir Andrew saliera del club esta noche sería atado y amordazado por unos rufianes pagados por mí. El sereno no intervendría y los viandantes escaparían a toda prisa, de modo que mis sicarios podrían meterlo tranquilamente en una silla de manos y conducirlo hasta algún lugar apartado donde lo retendrían hasta la mañana. La única consecuencia que eso tendría para mí sería la de ver acrecentada mi reputación de hombre de espíritu aventu-

rero y muy probablemente un artículo en *Tatler*, con asteriscos sustituyendo a los nombres, que llevaría por título: «El presupuesto y el *baronet*».

—¿Pero cuál sería la finalidad de su acción? ¿Y por qué elegiría precisamente a sir Andrew para semejante aventura? —preguntó el socio más joven.

—Le impediría hablar esta noche ante la Cámara de los Comunes. El proyecto de ley sobre el aumento de la flota está impulsado por el gobierno y sir Andrew tiene que respaldarlo; y tal es su influencia y tantos sus seguidores que, con seguridad, este será aprobado tras su discurso. Ahora bien, si yo tuviera el empuje de nuestros antepasados, me procuraría cloroformo en la botica más cercana y le dejaría dormido en ese sillón. Luego cargaría su cuerpo inerte y lo depositaría en un coche de punto, donde lo mantendría cautivo hasta el amanecer. De este modo, ahorraría al contribuyente británico el importe de otros cinco buques de guerra más, lo que supone varios millones de libras —contestó con pesimismo el caballero de la perla.

Los hombres de la mesa volvieron a mirar a sir Andrew con redoblado interés. El socio honorario, cuyo acento había traicionado ya su nacionalidad estadounidense, sonrió al comentar:

—Observándole ahora, nadie diría que está profundamente involucrado en asuntos de ese calibre.

Los demás asintieron en silencio.

—No ha levantado la mirada del libro desde que hemos llegado. Seguro que esta noche no tiene pensado hablar ante la Cámara —añadió el socio más joven.

—¡Oh, ya lo creo que hablará! La sesión empieza tarde, y para cuando el proyecto salga a la palestra por

tercera vez él estará ya en su puesto, y conseguirá que sea aprobado...

El cuarto socio, un robusto y rubicundo caballero con aspecto de deportista, que vestía una chaqueta de smoking y una corbata de lazo negra, suspiró con envidia:

—No me imagino a ninguno de nosotros tan impasible como sir Andrew si dentro de una hora tuviéramos que pronunciar un discurso en el Parlamento. ¡Yo sería un manojo de nervios! En cambio, él está ahí leyendo como si no tuviera nada más que hacer antes de acostarse.

—Sí, miren lo enfrascado que parece; ni mientras desbarba las páginas deja de leer. Probablemente se trate de un informe del Almirantazgo, o de algún importante resumen de estadísticas que esgrimirá durante su discurso —susurró el socio más joven.

El caballero de la perla se echó a reír:

—La docta obra que tanto parece interesar al eminente estadista se titula *El gran robo de Rand*, y no es otra cosa que una novela de detectives que se encuentra a la venta en cualquier puesto de libros.

El estadounidense alzó las cejas con aire incrédulo:

—¡Qué extraña afición! —exclamó, asombrado.

El caballero de la perla se retorció nerviosamente el alfiler de corbata y, mordiéndose el borde del bigote, continuó:

—Más que eso; es un auténtico vicio. Es sabido que se trata de la única distracción que se permite. Puede que a usted, en su calidad de extranjero, esta idiosincrasia le resulte difícil de comprender, pero

igual que el señor Gladstone buscaba refugio en los poetas griegos, sir Andrew lo hace en Gaboriau. Desde que soy miembro del Parlamento, nunca le he visto en la biblioteca sin una novela policíaca entre las manos. Las lleva consigo incluso al egregio recinto de la Cámara para, disimuladas en el interior de su sombrero, poder leerlas en la bancada. Una vez ha dado comienzo a una historia de robo, asesinato y muerte repentina nada puede apartarle de ella, ni la campana que anuncia las votaciones ni los ruegos del presidente de la sala. Incluso vendió su casa de campo, porque cada vez que se dirigía hacia ella en tren se pasaba invariablemente de estación, absorto como iba en la lectura. ¡Si al menos ahora estuviera empezando la novela, en vez de encontrarse ya en las últimas páginas! Con otro libro como ese ya no sería necesario el cloroformo; seguro que podría entretenerlo aquí hasta mañana y mantenerle alejado de la Cámara.

Los cuatro pares de ojos, clavados en sir Andrew, pudieron registrar con una extraña fascinación cómo su dedo índice separaba las dos últimas hojas de la novela. El caballero de la perla golpeó suavemente la mesa con la palma de la mano.

—Daría quinientas libras en este momento por poder poner en sus manos una nueva historia de Conan Doyle. ¡Mil libras! —dijo, bajando la voz.

El estadounidense le observó intensamente, como si aquellas palabras le hubiesen sugerido una idea, pero se limitó a esbozar una sonrisa.

Sir Andrew dejó de leer, pero, como si aún se encontrase bajo la influencia del libro, permaneció sentado frente a la chimenea con aire ausente. Duran-

te unos instantes nadie se movió. De pronto, como si acabara de recordar algo, volvió en sí; buscó ansiosamente su reloj y, tras echarle un impaciente vistazo, se puso en pie.

En ese mismo momento, la voz del estadounidense rompió el silencio:

—Ni siquiera el mismísimo Sherlock Holmes podría resolver el misterio que desconcierta esta noche a la Policía de Londres.

Los caballeros sentados a la mesa se sobresaltaron tanto ante aquellas palabras inesperadas —que parecían contener una especie de desafío implícito— como si su compañero hubiera disparado al aire. Sir Andrew también se detuvo en seco, y se volvió a mirarle con una marcada expresión de sorpresa. El caballero de la perla fue el primero en reaccionar, y abalanzándose sobre la mesa, dijo:

—¿De veras? ¿Un misterio que intriga a la Policía? No he oído nada de eso. Cuéntenoslo, por favor.

El estadounidense, azorado y jugueteando nerviosamente con el mantel, se ruborizó.

—Únicamente la Policía está al tanto; y solo a través de mi propio relato. Se trata de un crimen extraordinario del que, desafortunadamente, nadie más que yo puede dar testimonio. Por eso, a pesar de mi inmunidad diplomática, me veo retenido en Londres por las autoridades de Scotland Yard. Mi nombre es Ripley Sears, teniente de la Marina de los Estados Unidos. Actualmente, soy agregado naval en la Corte rusa. De hecho, de no haber sido por este incidente, esta misma mañana hubiese partido hacia San Petersburgo.

El caballero de la perla le interrumpió con una exclamación de entusiasmo y deleite tan pronunciada que Sears tartamudeó y paró de hablar.

—¿Ha oído usted eso, sir Andrew? Un diplomático estadounidense retenido por nuestra Policía por ser el único testigo de un asesinato sin precedentes. ¡El más asombroso que se haya cometido en esta ciudad en muchos años!, ¿no es eso lo que ha dicho? —inquirió ávidamente, dirigiéndose al teniente.

Sears inclinó afirmativamente la cabeza y miró a los otros dos socios, que le observaban con una mezcla de duda y perplejidad. Sir Andrew avanzó hacia ellos, hasta situarse dentro del espacio iluminado por los candelabros.

—Desde luego, el crimen tiene que ser excepcional para justificar que la Policía haya procedido de este modo con un representante de una potencia aliada. Si no fuera porque me veo obligado a marcharme de inmediato, me tomaría la libertad de pedirle que nos contara los pormenores.

El caballero de la perla, empujando una silla hacia sir Andrew e invitándole con un gesto a tomar asiento, le dijo:

—¡No puede dejarnos ahora! El señor Sears va a contarnos más sobre el caso.

Hizo una seña al teniente y este, tras lanzar una mirada dubitativa a los criados —que permanecían al fondo de la sala—, se inclinó sobre la mesa. Los demás, arrimando sus asientos, se acercaron más a él. Con aire indeciso, sir Andrew volvió a consultar su reloj y, con una exclamación de enojo, cerró de golpe la tapa de este. «¡Creo que pueden esperar!», murmu-

ró. Se sentó rápidamente y, mirando a Sears, dijo con impaciencia:

—Si tiene usted la amabilidad de empezar...

—Desde luego, doy por sentado que esta es una conversación entre caballeros, y que las confidencias escuchadas en este club son sagradas. Les considero mis cómplices, así que hasta que la Policía revele los hechos a la prensa, ustedes no han oído ni saben nada del asunto. Incluso yo debo permanecer en el anonimato por el momento.

—Por supuesto —se apresuró a afirmar sir Andrew.

A su alrededor, el resto de los socios también asintió gravemente, y el caballero de la perla anunció:

—Comienza pues la historia del agregado naval.

III

—Llegué a Londres hace dos días, y alquilé una habitación en el Bath Hotel. Conozco a muy pocas personas en la ciudad, e incluso los miembros de nuestra embajada son unos completos desconocidos para mí. Pero cuando estuve en Hong Kong me hice buen amigo de un oficial de la Marina inglesa, que ahora está ya jubilado y vive en una pequeña propiedad en Rutland Gardens, frente a los cuarteles de Knightsbridge. Le telegrafíé, y ayer por la mañana recibí de su parte una cordial invitación para cenar en su casa esa misma noche. Dado que es soltero, cenamos los dos solos y hablamos de los viejos tiempos de nuestra estadía asiática, y sobre los cambios que se habían obrado en nuestras vidas desde entonces. Como a la